

22 DE FEBRERO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE FRANCISCO I. MADERO

Orgulloso por las victorias obtenidas en el campo de la democracia, más que por las alcanzadas en los campos de batalla, Francisco I. Madero asumió la presidencia el 6 de noviembre de 1911.

Para muchos, Madero era el “Apóstol de la Democracia”, pues había dedicado su vida política a combatir el poder absoluto, a promover la democracia y la libertad, entendida como “ausencia de coerción y como igualdad ante la ley”.

Durante sus escasos 15 meses en la presidencia gobernó respetando la Constitución de 1857, y confió en que “la vida pública mexicana mostrara madurez democrática y usara responsablemente la libertad”. Político inexperto se le ha criticado aceptar la permanencia del ejército porfirista y la disolución de sus propias fuerzas; también se le ha criticado no haber satisfecho inmediatamente las demandas de Emiliano Zapata. El caudillo suriano había confiado en que lo ofrecido por Madero en el Plan de San Luis sobre la restitución de tierras sería de inmediata resolución, pero Madero pretendía resolver los problemas conforme a la ley; además no concebía la propiedad comunal de la tierra. Madero no sólo enfrentó la oposición de Zapata, sino que padeció otras tres rebeliones: las de Bernardo Reyes, Pascual Orozco y Félix Díaz.

En efecto, en diciembre de 1911 Bernardo Reyes inició su frustrada rebelión, la cual no encontró eco entre la gente y terminó a los pocos días. La respuesta de Francisco I. Madero fue confinar a Reyes en la prisión de Santiago Tlatelolco. En marzo de 1912 estalló en Chihuahua el movimiento de Pascual Orozco, revuelta que alcanzó un apoyo popular considerable en el norte del país. Para combatirla se designó a Victoriano Huerta, quien paralelamente se dedicó a reorganizar y a fortalecer al Ejército Federal, vencido por los maderistas a mediados de 1911. Por último, en octubre del mismo año tuvo lugar la insurrección de Félix Díaz, el cual pretendía -como él decía- “reivindicar el honor del ejército pisoteado por Madero”. A los pocos días de este movimiento, Díaz fue confinado en la prisión de Belén.

A pesar de haber vencido estas rebeliones, Madero se encontraba políticamente muy aislado, sin un claro respaldo partidista, y en un clima político poco institucional y todavía muy afecto a los “hombres fuertes”. La oposición había inculcado, en buena parte de la opinión pública, la desconfianza y el recelo contra él: “no cumple sus promesas”, “no reparte las tierras”. Un grupo de políticos desplazados del poder y nostálgicos del autoritarismo comenzó lo que se conoce como la Decena Trágica, la cual inició el 9 de febrero de 1913, cuando el general Mondragón partió de Tacubaya a liberar a Félix Díaz y Bernardo Reyes, mientras que los “aspirantes” del Colegio Militar involucrados en el cuartelazo tomaron Palacio Nacional, aunque inmediatamente el general Lauro del Villar lo recuperó. Poco después éste fue herido y cayó muerto Bernardo Reyes.

Ante el Palacio Nacional, los rebeldes se apoderaron de la Ciudadela, con parque suficiente para resistir largo tiempo.

Madero tuvo que nombrar al general Victoriano Huerta comandante de la plaza, en sustitución de Del Villar. Para este entonces ya había más de 500 muertos y heridos. A la emergencia militar se sumó la crisis política, cuando un grupo de senadores pidió la renuncia del presidente.

El 18 de febrero fueron aprehendidos el presidente, el vicepresidente y sus ministros. Huerta, que había participado en la traición, comunicó los hechos al embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, los cuales, junto con Félix Díaz, firmaron el llamado Pacto de la Embajada -o de la Ciudadela-, por el cual se desconoció a Madero como jefe del Ejecutivo, quedando Huerta al frente del gobierno. Al siguiente día Madero y Pino Suárez fueron obligados a renunciar, quedando presos en la intendencia de Palacio Nacional. El 22 por la noche los llevaron rumbo a la penitenciaría, donde fueron asesinados.

Para algunos Madero fue un político ingenuo; para otros fue un mártir. Al margen de la brevedad de su gobierno, su legado es enorme, y de gran significación para la historia y para el futuro de México.

Día de luto y solemne para toda la Nación. La Bandera deberá izarse a media asta.

Patricia Irigoyen Millán
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México